

cia y variedad de la nueva camada. Por *Argentina* Humberto Constantini, Haroldo Conti, Eduardo Gudiño Kieffer, Héctor Libertella, Enrique Medina, Fernando Sorrentino. Por *Chile* Alfonso Calderón, José Donoso, Ariel Dorfman, Enrique Lihn, Mauricio Wácqez, Antonio Skármeta, Fernando Alegría, Adolfo Couve, Carlos Morand, Ximena Sepúlveda, Jorge Edwards, Gustavo Frías, Antonio Montero. Por *Colombia* Fanny Buitrago, Gustavo Alvarez Gardeazábal —quien le merece atención especial—, Albalucía Angel, Manuel Mejía Vallejo, Héctor Sánchez, Marco Tulio Aguilera Garramuño, Oscar Collazos, Andrés Caicedo, Pedro Gómez Valderrama, Alberto Duque López, Rafael Humberto Moreno-Durán, Jorge Eliécer Pardo, Rodrigo Parra Sandoval, Mario Escobar Velásquez, Plinio Apuleyo Mendoza, Amparo María Suárez (la lista por Colombia es más larga que las de los otros países, lo que es explicable porque Williams conoce más de literatura colombiana, pero no del todo disculpable; además hacen falta nombres fundamentales como los de Fernando Cruz Kronfly y Jaime Manrique Ardila). Por *Cuba* aparecen como novelistas importantes en la última década Lisandro Otero, Severo Sarduy, Alejo Carpentier, Cabrera Infante y Reynaldo Arenas. Por *Ecuador* Demetrio Aguilera Malta, íngrimo, solitario. Por *México* Juan Tovar, Sergio Galindo, Alfredo Castro Leal, Héctor Manja-

rez, René Avilés Fabila, Armando Ramírez, Juan García Ponce, José Emilio Pacheco, Gustavo Sainz, Federico Arana, José Agustín, Arturo Azuela, Carlos Fuentes, Sergio Fernández, Ignacio Solares, Fernando del Paso, Vicente Leñero, Jorge Aguilar Mora, María Luisa Puga. Por *Perú* Alfredo Bryce Echenique, Luis Urteaga Cabrera, Guillermo Thorndike (quien escribe una novela con título muy semejante al de la excelente obra *La otra raya del tigre* de Pedro Gómez Valderrama —el mejor cuentista colombiano, según Gabriel García— novela que en la opinión de nuestro Premio Nobel es de gran calidad y ha sido muy poco atendida por crítica y lectores—), Marco Yauri Montero, Julio Ramón Ribeyro, Isaac Goldenberg, Harry Belevan, Fernando Ampuero. Por *Venezuela* aparecen Miguel Otero Silva, Salvador Garmendia, Luis Britto García. Por *Uruguay* Mario Benedetti, Eduardo Galeano.

Países de rica narrativa, como Costa Rica, desaparecen de la lista, posiblemente porque sus autores no tuvieron medios para hacerse conocer por los académicos norteamericanos.

Colombia, México y Argentina se presentan como los países que más novelas y novelistas aportan a la lista, lo que, con omisiones o sin ellas, demuestra que la narrativa de estos países está viva y floreciente. La perspectiva académica de Brushwood y su investigación acusosa, junto con el

complemento de Williams, se prestarán a muchas polémicas, pero eludirán sin duda una acusación: la de falta de oficio, dedicación e interés.

Marco Tulio Aguilera Garramuño

Brushwood, S. John y Williams, L. Raymond, *La novela hispanoamericana del siglo XX*, F.C.E., México, 1984.

\* \* \* \* \*

### Los años falsos

Tuvimos que esperar 24 años, pero la espera tuvo, al fin, justificación. Desde que *El libro vacío* salió a la luz, en 1958, Josefina Vicens no había vuelto a hacer acto de presencia en el mundo de la literatura, aunque siguió activa en otras actividades como la de guionista y adaptadora de cine, por citar un ejemplo. Ahora nuevamente aparece con la obra *Los años falsos*,<sup>1</sup> novela corta pero sustanciosa. Presenciamos una vez más ese estilo particular, esa temática basada en paradojas, esa escritura angustiosa realizada con maestría.

Luis Alfonso Fernández ve truncados sus sueños, deseos, ideales, desde el momento en que su padre da fin a su propia vida; el muchacho necesita resucitarlo y no advierte que, al hacerlo, se mata, se niega a sí mismo. Estamos ante un problema de identidad, ante la imposibilidad de

<sup>1</sup> Vicens, Josefina: *Los años falsos*, México; Martín Casillas, 1982.

separar el "ser" del "parecer", ante la contradicción de su existencia: Una existencia falsificada durante cuatro años.

El estilo es sencillo: un prolongado diálogo en un momento corto. La escritura posee un tono de tranquilidad en la que se llega a vislumbrar una latente angustia. Al inicio se evoca melancólicamente un pasado con leves matices de hipocresía, pero feliz; a medida que la historia transcurre, esa tranquilidad va cediendo terreno a la vislumbrada angustia que aumenta cada vez más hasta desembocar en una desesperación exaltada. Leves alusiones a la vida política (con la consabida corrupción) y a la típica ideología de la sociedad mexicana (léase: machismo) enmarcan el contexto de la obra y contribuyen al dilema.

"Ser o no ser", ése es exactamente el problema de Luis Alfonso Fernández. . . y el de todo ser humano. "No era posible tolerar que me tratara como si yo fuera tú, y que te llorara como si tú no fueras yo", dice desalentado el protagonista, y cada uno de nosotros se ha formulado alguna pregunta semejante. ¿Qué es el "ser"? ¿Qué es el "yo"? Cuántas veces no se hace depender la vida propia a un modelo u opinión externa, cuántas veces no renegamos de nuestra autenticidad. . . El Diputado, sus "lacayos", la madre, las hermanas y hasta la antigua amante de su padre contribuyen a la farsa: prolongan en él la existencia del que

no debió morir y matan al que no murió. . .

En *El libro vacío* el problema se centra en el deseo de escribir y la imposibilidad de hacerlo; en *Los años falsos* la cuestión es escapar de las cadenas del recuerdo pero atarse más a ellas al intentar evadirse. Vemos, en fin, cómo se justifica el largo silencio de esta escritora: *Los años falsos* es una novela completa, no obstante su corta extensión.

María de Jesús Herrera Barreda



### El ultraje de los años

Griegos, romanos y orientales mostraron desde siempre, en sus literaturas, expectativa e incertidumbre frente a la vejez. Natural ha sido en el hombre de todos los tiempos imaginar, como los reflejos en un espejo empañado, esa futura etapa del invierno prolongado: la senilidad. Para psicoanalistas y filósofos, senilidad y niñez son dos edades a la vez lejanas y juntas: el niño nace viejo al tener que heredar una cultura de milenios; el anciano, por su parte, retorna a la niñez al hacer de sus delirios fantasiosos un mundo to-

talmente distinto al de los otros. Ambos, el anciano y el niño, son los únicos seres comparables al poeta: intuyen y sospechan de todo y de todos; el poeta, así mismo, es niño y es anciano: juega, delira y fantasea. Sin embargo, en un aspecto se diferencian el poeta y el niño del anciano: tanto el niño —futuro joven— como el poeta, quieren cambiar el mundo, subvertirlo, buscan fundar en sus actos lúdicos otros espacios, otras relaciones más igualitarias entre los hombres, mientras que el anciano, o quien presiente la cercanía de la senilidad, tiende a la inmodificación y al retroceso en el modo de interpretar el mundo. Pareciera que "el ultraje de los años" fuera haciendo fenecer en el hombre esa rebeldía primera y, como consecuencia, acentuara un señoreo o deseo obsesivo por el poder. Las excepciones a esta generalidad, son pocas; los ejemplos de la generalidad, abundan. En la memoria de todos los colombianos se mantiene la imagen, por ejemplo, de aquel Alfonso López Michelsen rebelde, irreverente y socialista de la década del cincuenta y principios del sesenta, cuando acaudillaba el bullicioso M.R.L.; hoy, al borde de los ochenta años, es quizás uno de los políticos más reaccionarios de Colombia: es de aquéllos que cree que la inflación, el desempleo, la crisis en salud y educación es causa de los trabajadores mismos; apoyado en esta